

tros, ó insidiosos, ó fanáticos; sino que en el supuesto de haberse roto la unidad, en el supuesto de haber arrojado á los pueblos por el azaroso camino del cisma, habrá influido no poco en la conservacion de las ideas mas capitales sobre Dios y el hombre, y de las máximas fundamentales de la moral, el oír los pueblos con frecuencia esplicadas semejantes verdades por quien las habia estudiado de antemano en la Sagrada Escritura. Sin duda que el golpe mortal dado á las gerarquías por el sistema protestante, y la consiguiente degradacion del sacerdocio, hace que la cátedra de la predicacion no tenga entre los disidentes el sagrado carácter de cátedra del Espíritu Santo; sin duda que es un grande obstáculo para que la predicacion pueda dar fruto, el que un ministro protestante no pueda ya presentarse como un ungido del Señor, sino que como ha dicho un escritor de talento, solo sea *un hombre vestido de negro que sube al púlpito todos los domingos para hablar de cosas razonables*; pero al menos, oyen los pueblos algunos trozos de las excelentes pláticas morales que se encuentran en el sagrado Texto, tienen con frecuencia á su vista los edificantes ejemplos esparcidos en el viejo y nuevo Testamento; y sobre todo, se les refieren á menudo los pasos de la vida de Jesucristo, de esa vida admirable, modelo de toda perfeccion; y que aun mirada con ojos humanos, es en confesion de todo el mundo, la pura santidad por excelencia, el mas hermoso conjunto moral que se viera jamas, la realizacion de un bello ideal que bajo la forma humana, jamas concibió la filosofía en sus altos pensamientos, jamas retrató la poesía en sus sueños mas brillantes. Esto es muy útil, altamente saludable: porque siempre lo es el nutrir el ánimo de los pueblos con el jugoso alimento de las verdades morales, y el excitarlos á la virtud con el estímulo de tan altos ejemplos.

---

## CAPITULO XV.

---

**P**OR grande que fuese la importancia dada por la Iglesia á la propagacion de la verdad, y por mas conveñida que estuviera de

que para disipar esa informe masa de inmoralidad y degradacion que se ofrecia á su vista, el primer cuidado habia de dirigirse á esponer el error al disolvente fuego de las doctrinas verdaderas, no se limitó á esto; sino que descendiendo al terreno de los hechos, y siguiendo un sistema lleno de sabiduría y cordura, hizo de manera que la humanidad pudiese gustar el precioso fruto, que hasta en las cosas terrenas dan las doctrinas de Jesucristo. No fué la Iglesia solo una *escuela grande y fecunda, fué una asociacion regeneradora*; no esparció sus doctrinas generales arrojándolas como al acaso, con la esperanza de que fructificaran con el tiempo, sino que las desenvolvió en todas sus relaciones, las aplicó á todos los objetos, procuró inocularlas á las costumbres y á las leyes, y realizarlas en instituciones que sirviesen de silenciosa pero elocuente enseñanza á las generaciones venideras. Veíase desconocida la dignidad del hombre, reinando por do quiera la esclavitud; degradada la muger, ajándola la corrupcion de costumbres y abatiéndola la tiranía del varon; adulteradas las relaciones de familia concediendo la ley al padre unas facultades que jamas le dió la naturaleza; despreciados los sentimientos de humanidad en el abandono de la infancia, en el desamparo del pobre y del enfermo; llevadas al mas alto punto la barbarie y la crueldad en el derecho atroz que regulaba los procedimientos de la guerra; veíase por fin coronando el edificio social, rodeada de satélites y cubierta de hierro, la odiosa tiranía, mirando con despreciador desden á los infelices pueblos que yacían á sus plantas, amarrados con remachadas cadenas.

En tamaño conflicto no era pequeña empresa la de desterrar el error, reformar y suavizar las costumbres, abolir la esclavitud, corregir los vicios de la legislacion, enfrenar el poder y armonizarle con los intereses públicos, dar nueva vida al individuo, reorganizar la familia y la sociedad; y sin embargo, esto, y nada menos que esto ejecutó la Iglesia.

Empecemos por la esclavitud. Esta es una materia que conviene profundizar, dado que encierra una de las cuestiones que mas pueden escitar la curiosidad de la ciencia, é interesar los sentimientos del corazon. ¿Quién ha abolido entre los pueblos cristianos la esclavitud? ¿Fué el Cristianismo? ¿Y fué él solo, con sus ideas grandiosas sobre la dignidad del hombre, con sus máximas y espíritu de fraternidad y caridad, y ademas con su

conducta prudente, suave y benéfica? Me lisonjeo de poder manifestar que sí.

Ya no se encuentra quien ponga en duda que la Iglesia Católica ha tenido una poderosa influencia en la abolición de la esclavitud: es una verdad demasiado clara, salta á los ojos con sobrada evidencia para que sea posible combatirla. M. Guizot reconociendo el empeño y la eficacia con que trabajó la Iglesia para la mejora del estado social, dice: "Nadie ignora con cuánta obstinación combatió los grandes vicios de aquel estado, la esclavitud por ejemplo." Pero á renglón seguido, y como si le pesase de asentar sin ninguna limitación un hecho, que por necesidad había de excitar á favor de la Iglesia Católica las simpatías de la humanidad entera, continúa: "Mil veces se ha dicho y repetido que la abolición de la esclavitud en los tiempos modernos, es debida enteramente á las máximas del Cristianismo. Esto es, á mi entender, adelantar demasiado; mucho tiempo subsistió la esclavitud en medio de la sociedad cristiana, sin que semejante estado la confundiese ó irritase mucho." Muy errado anda M. Guizot queriendo probar que no es debida exclusivamente al Cristianismo la abolición de la esclavitud, porque subsistiese tal estado por mucho tiempo en medio de la sociedad cristiana. Si se quería proceder con buena lógica, era necesario mirar antes, si la abolición repentina de la esclavitud era posible; y si el espíritu de orden y de paz que anima á la Iglesia, podía permitir que se arrojase á una empresa, con la que hubiera trastornado el mundo, sin alcanzar el objeto que se proponía. El número de los esclavos era inmenso; la esclavitud estaba profundamente arraigada en las ideas, en las costumbres, en las leyes, en los intereses individuales y sociales: sistema funesto sin duda, pero que era una temeridad pretender arrancarle de un golpe, pues que sus raíces penetraban muy hondo, se extendían á largo trecho debajo las entrañas de la tierra.

Contáronse en un censo de Atenas veinte mil ciudadanos y cuarenta mil esclavos; en la guerra del Peloponeso se les pasaron á los enemigos nada menos que veinte mil, según refiere Tucídades. El mismo autor nos dice que en Chio era crecidísimo el número de los esclavos, y que la defección de estos pasándose á los atenienses, puso en apuros á sus dueños; y en general era tan grande su número en todas partes, que no pocas

veces estaba en peligro por ellos la tranquilidad pública. Por esta causa era necesario tomar precauciones para que no pudieran concertarse. "Es muy conveniente, dice Platon (*Dial. 6 De las leyes*), que los esclavos no sean de un mismo país, y que en cuanto fuere posible, seán discordes sus costumbres y voluntades; pues que repetidas experiencias han enseñado en las frecuentes defecciones que se han visto entre los mesenios, y en las demás ciudades que tienen muchos esclavos de una misma lengua, cuántos daños suelen de esto resultar."

Aristóteles en su *Economía* (lib. 1. c. 5.) da varias reglas sobre el modo con que deben tratarse los esclavos, y es notable que coincide con Platon advirtiendo expresamente, "que no se han de tener muchos esclavos de un mismo país." En su *Política* (l. 2. c. 7.) nos dice que los tesalios se vieron en graves apuros por la muchedumbre de sus penestas, especie de esclavos; aconteciendo lo propio á los lacedemonios, de parte de los ilotas: "Con frecuencia ha sucedido, dice, que los penestas se han sublevado en Tesalia; y los lacedemonios, siempre que han sufrido alguna calamidad, se han visto amenazados con las conspiraciones de los ilotas." Esta era una dificultad que llamaba seriamente la atención de los políticos, y no sabían cómo salvar los inconvenientes que consigo traía esa inmensa muchedumbre de esclavos. Lamentase Aristóteles de cuán difícil era acertar en el verdadero modo de tratarlos, y se conoce que era esta una materia que daba mucho cuidado. Transcribiré sus propias palabras: "A la verdad, que el modo con que se debe tratar á esa clase de hombres, es tarea trabajosa y llena de cuidados: porque si se usa de blandura, se hacen petulantes y quieren igualarse con los dueños, y si se los trata con dureza, conciben odio y maquinan asechanzas."

En Roma era tal la multitud de esclavos, que habiéndose propuesto el darles un traje distintivo, se opuso á esta medida el senado, temeroso de que si ellos llegaban á conocer su número no peligrase el orden público; y á buen seguro que no eran vanos semejantes temores, pues que ya de mucho antes habían los esclavos causado considerables trastornos en Italia. Platon para apoyar el consejo arriba citado, recuerda que "los esclavos repetidas veces habían devastado la Italia con la piratería y el latrocinio;" y en tiempos mas recientes, Espartaco á la cabeza

de un ejército de esclavos, fué por algún tiempo el terror de Italia, y dió mucho que entender á distinguidos generales romanos.

Habia llegado á tal exceso en Roma el número de los esclavos, que muchos dueños los tenían á centenares. Cuando fué asesinado el prefecto de Roma Pedanio Secundo, fueron sentenciados á muerte 400 esclavos suyos; (*Tácit. Ann.* 1. 14.); y Pudentila muger de Apuleyo los tenía en tal abundancia que dió á sus hijos nada menos de 400. Esto habia llegado á ser un objeto de lujo, y á competencia se esforzaban los romanos en distinguirse por el número de sus esclavos. Querían que al hacerse la pregunta de "*Quot pascit servos*" cuantos esclavos mantiene, ¡según espresion de Juvenal (*Satyr.* 3. v. 140), pudiesen ostentarlos en grande abundancia; llegando la cosa á tal extremo que según nos atestigua Plinio, mas bien que al séquito de una familia, se parecían á un verdadero ejército.

No era solamente en Grecia é Italia donde era tan crecido el número de los esclavos; en Tiro se sublevaron contra sus dueños, y favorecidos por su inmenso número, lo hicieron con tal resultado que los degollaron á todos. Pasando á pueblos bárbaros, y prescindiendo de otros mas conocidos, nos refiere Herodoto (1. 3.), que volviendo de la Media los escitas, se encontraron con los esclavos sublevados, viéndose forzados los dueños á cederles el terreno abandonando su patria; y César en sus comentarios (*De Bello Gall.* 1. 6.) nos atestigua lo abundantes que eran los esclavos en la Galia.

Siendo tan crecido en todas partes el número de esclavos, ya se ve que era del todo imposible predicar su libertad, sin poner en conflagracion el mundo. Desgraciadamente queda todavía en los tiempos modernos un punto de comparacion, que si bien en una escala muy inferior, no deja de cumplir á nuestro propósito. En una colonia donde los esclavos negros sean muy numerosos ¿quién se arroja de golpe á ponerlos en libertad? ¿Y cuánto se agrandan las dificultades, qué dimension tan colosal adquiere el peligro, tratándose no de una colonia, sino del universo? El estado intelectual y moral de los esclavos los hacia incapaces de disfrutar de un tal beneficio en provecho suyo y de la sociedad; y en su embrutecimiento, aguijoneados por el rencor y por el deseo de venganza, nutridos en sus pechos con el mal tratamiento que se les daba, hubieran reproducido en grande las

sangrientas escenas con que dejaban ya manchadas en tiempos anteriores las páginas de la historia. ¿Y qué hubiera acontecido entonces? que amenazada la sociedad por tan horroroso peligro, se hubiera puesto en vela contra los principios favorecedores de la libertad, hubiéralos en adelante mirado con preyeccion y suspicaz desconfianza, y lejos de aflojar las cadenas de los esclavos, se las habria remachado con mas ahinco y tenacidad. De aquella inmensa masa de hombres brutales y furibundos puestos sin preparacion en libertad y movimiento, era imposible que brotase una organizacion social; porque una organizacion social no se improvisa, y mucho menos con semejantes elementos; y en tal caso, habiéndose de obter entre la esclavitud y el aniquilamiento del orden social, el instinto de conservacion que anima á la sociedad, como á todos los seres, hubiera acarreado indudablemente la duracion de la esclavitud allí donde hubiese permanecido todavía, y su restablecimiento allí donde se la hubiese destruido.

Los que se han quejado de que el cristianismo no anduviera mas pronto en la abolicion de la esclavitud, debian recordar que aun cuando supongamos posible una emancipacion repentina ó muy rápida, aun cuando queramos prescindir de los sangrientos trastornos que por necesidad habrian resultado, la sola fuerza de las cosas saliendo al paso con sus obstáculos insuperables, hubiera inutilizado semejante medida. Demos de mano á todas las consideraciones sociales y políticas, y fijémonos únicamente en las económicas. Por de pronto era necesario alterar todas las relaciones de la propiedad; porque figurando en ella los esclavos como una parte principal, cultivando ellos las tierras, ejerciendo los oficios mecánicos, en una palabra, estando distribuido entre ellos lo que se llama trabajo, y hecha esta distribucion en el supuesto de la esclavitud, quitada esta base se acarrea una dislocacion tal, que la mente no alcanza á comprender sus últimas consecuencias.

Quiero suponer que se hubiese procedido á despojos violentos, que se hubiese intentado un reparto, una nivelacion de propiedades, que se hubiesen distribuido tierras á los emancipados, y que á los mas opulentos señores se les hubiese forzado á manejar el azadon y el arado; quiero suponer realizados todos estos absurdos, todos esos sueños de un delirante; ni aun así se

habría salido del paso: porque es menester no olvidar, que la producción de los medios de subsistencia ha de estar en proporción con las necesidades de los que han de subsistir; y esto era imposible supuesta la emancipación de los esclavos. La producción estaba regulada, no suponiendo precisamente el número de individuos que á la sazón existían, sino también que la mayor parte de estos eran esclavos; y las necesidades de un hombre libre son alguna cosa más que las necesidades de un esclavo.

Si ahora, después de diez y ocho siglos, rectificadas las ideas, suavizadas las costumbres, mejoradas las leyes, amaestrados los pueblos y los gobiernos, fundados tantos establecimientos públicos para el socorro de la indigencia; ensayados tantos sistemas para la buena distribución del trabajo, repartidas de un modo más equitativo las riquezas, hay todavía tantas dificultades para que un número inmenso de hombres no sucumba víctima de horrosa miseria; si es este el mal terrible que atormenta á la sociedad, y que pesa sobre su porvenir como un ensueño funesto; ¿qué hubiera sucedido con la emancipación universal al principio del cristianismo; cuando los esclavos no eran reconocidos en el derecho como *personas* sino como *cosas*, cuando su unión conyugal no era juzgada como matrimonio, cuando la pertenencia de los frutos de esa unión era declarada por las mismas reglas que rigen con respecto á los brutos, cuando el infeliz esclavo era maltratado, atormentado, vendido, y aun muerto, conforme á los caprichos de su dueño? ¿no salta á los ojos que el curar males semejantes era obra de siglos? ¿no es esto lo que nos están enseñando las consideraciones de humanidad, de política, y de economía?

Si se hubiesen hecho insensatas tentativas, á no tardar mucho los mismos esclavos habrían protestado contra ellas, reclamando una esclavitud, que al menos les aseguraba pan y abrigo, y despreciando una libertad incompatible con su existencia. Este es el orden de la naturaleza; el hombre necesita ante todo tener para vivir, y si le faltan los medios de subsistencia, no le halaga la misma libertad. No es necesario recorrer á ejemplos de particulares, que se nos ofrecieran con abundancia; en pueblos enteros se ha visto una prueba patente de esta verdad. Cuando la miseria es excesiva, difícil es que no traiga consigo el envilecimiento, sufocando los sentimientos más generosos, desvirtuando los en-

cantos que ejercen sobre nuestro corazón las palabras de independencia y libertad. “La plebe, dice César hablando de los galos, (L., 6. de Bello Gallico) está casi en el lugar de los esclavos; y de sí misma ni se atreve á nada, ni es contado su voto para nada; y muchos hay que agobiados de deudas y de tributos, ú oprimidos por los poderosos, *se entregan á los nobles en esclavitud*: habiendo sobre estos así entregados, todos los mismos derechos que sobre los esclavos.” En los tiempos modernos no faltan tampoco semejantes ejemplos; porque sabido es que entre los chinos abundan en gran manera los esclavos, cuya esclavitud no reconoce otro origen, sino que ó ellos ó sus padres no se vieron capaces de proveer á su subsistencia.

Estas reflexiones apoyadas en datos que nadie me podrá contestar, manifiestan hasta la evidencia la profunda sabiduría del cristianismo en proceder con tanto miramiento en la abolición de la esclavitud. Hízose todo lo que era posible en favor de la libertad del hombre, no se adelantó más rápidamente en la obra, porque no podía ejecutarse sin malograr la empresa, sin poner gravísimos obstáculos á la deseada emancipación. He aquí el resultado que al fin vienen á dar siempre los cargos que se hacen á algún procedimiento de la Iglesia: se le examina á la luz de la razón, se le coteja con los hechos, viniéndose á parar á que el procedimiento de que se la culpa, está muy conforme con lo que dicta la más alta sabiduría, y con los consejos de la más esquisita prudencia.

¿Qué quiere decirnos pues M. Guizot, cuando después de haber confesado que el cristianismo trabajó con ahinco en la abolición de la esclavitud; le echa en cara el que consintiese por largo tiempo su duración? ¿con qué lógica pretende de aquí inferir que no es verdad que sea debido exclusivamente al cristianismo ese inmenso beneficio dispensado á la humanidad? Duró siglos la esclavitud en medio del cristianismo, es cierto: pero anduvo siempre en decadencia, y su duración fué solo la necesaria para que el beneficio se realizase sin violencias, sin trastornos, asegurando su universalidad y su perpétua conservación. Y de estos siglos en que duró, débese todavía cercenar una parte muy considerable, á causa de que en los tres primeros, se halló la Iglesia proscrita á menudo, mirada siempre con aversión, y enteramente privada de ejercer influjo directo sobre la organización

social. Débese también descontar mucho de los siglos posteriores, porque había trascurrido todavía muy poco tiempo desde que la Iglesia ejercía su influencia directa y pública, cuando sobrevino la irrupción de los bárbaros del norte, que combinada con la disolución de que se hallaba atacado el imperio, y que cundía de un modo espantoso, acarreó un trastorno tal, una mezclanza tan informe de lenguas, de usos, de costumbres, de leyes, que no era casi posible ejercer con mucho fruto una acción reguladora. Si en tiempos más cercanos ha costado tanto trabajo el destruir el feudalismo, si después de siglos de combates quedan todavía en pie muchas de sus reliquias, si el tráfico de los negros á pesar de ser limitado á determinados países, á peculiares circunstancias, está todavía resistiendo al grito universal de reprobación que contra semejante infamia se levanta de los cuatro ángulos del mundo: ¿cómo hay quien se atreva á manifestar estraneza, á inculpar al cristianismo, porque la esclavitud duró algunos siglos, después de proclamadas la fraternidad entre todos los hombres, y su igualdad ante Dios?

### CAPITULO XVI.

**A**FORTUNADAMENTE la Iglesia católica fué más sabia que los filósofos, y supo dispensar á la humanidad el beneficio de la emancipación, sin injusticias ni trastornos: ella regenera las sociedades, pero no lo hace en baños de sangre. Veamos pues cuál fué su conducta en la abolición de la esclavitud.

Mucho se ha encarecido ya el espíritu de amor y fraternidad que anima al cristianismo; y esto basta para convencer de que debió de ser grande la influencia que tuvo en la grande obra de que estamos hablando. Pero quizás no se ha explorado bastante todavía cuáles son los medios positivos, prácticos, digámoslo así, de que echó mano para conseguir su objeto. Al través de la oscuridad de los siglos, en tanta complicación y variedad de circunstancias, ¿será posible rastrear algunos hechos que sean como las huellas que indiquen el camino seguido por la Iglesia

católica para libertar á una inmensa porción del linaje humano de la esclavitud en que gemía? ¿Será posible decir algo más que algunos encomios generales de la caridad cristiana? ¿Será posible señalar un plan, un sistema, y probar su existencia y desarrollo, apoyándose, no precisamente en espreciones sueltas, en pensamientos altos, en sentimientos generosos, en acciones aisladas de algunos hombres ilustres, sino en hechos positivos, en documentos históricos, que manifiesten cuál era el espíritu y la tendencia del mismo cuerpo de la Iglesia? Creo que sí: y no dudo que me sacará airoso en la empresa lo que puede haber de más convincente y decisivo en la materia, á saber: los monumentos de la legislación eclesiástica.

Y ante todo no será fuera del caso recordar lo que se lleva ya indicado anteriormente, que cuando se trata de conducta, de designios, de tendencias, con respecto á la Iglesia, no es necesario suponer que esos designios cupieran en toda su extensión en la mente de ningún individuo en particular, ni que todo el mérito y efecto de semejante conducta fuesen bien comprendidos por ninguno de los que en ella intervenían: y aun puede decirse que no es necesario suponer que los primeros cristianos conociesen toda la fuerza de las tendencias del cristianismo con respecto á la abolición de la esclavitud. Lo que conviene manifestar es que se obtuvo el resultado por las doctrinas y la conducta de la Iglesia; pues que entre los católicos, si bien se estiman los méritos y el grandor de los individuos en lo que valen, no obstante cuando se habla de la Iglesia, desaparecen los individuos; sus pensamientos y su voluntad son nada, porque el espíritu que anima, que vivifica y dirige á la Iglesia, no es el espíritu del hombre, sino el Espíritu del mismo Dios. Los que no pertenezcan á nuestra creencia echarán mano de otros nombres; pero estaremos conformes cuando menós, en que mirados los hechos de esta manera, elevados sobre el pensamiento y voluntad del individuo, conservan mucho mejor sus verdaderas dimensiones, y no se quebranta en el estudio de la historia la inmensa cadena de los sucesos. Dígase que la conducta de la Iglesia fué inspirada y dirigida por Dios, ó bien que fué hija de un *instinto*, que fué el desarrollo de una tendencia entrañada por sus doctrinas; empléense estas ó aquellas espresiones, hablando como católico ó como filósofo, en esto no es menester detenerse ahora; pues lo que